

Lincoln, Kennedy, Obama: tradición, igualdad y puesta en escena

J. IGNACIO DÍEZ FERNÁNDEZ

EN estos casi ocho meses transcurridos desde la toma de posesión de Obama, buena parte de la emoción que despertó su llegada a la Casa Blanca se ha desvanecido, como era obligado. El fascinante ascenso de un senador negro hasta la candidatura a la presidencia de los Estados Unidos y su éxito en la lucha por la primera magistratura es, desde luego, un hecho que por sí solo justifica la emoción que ha suscitado todo el proceso. Asistir a la quiebra en mil pedazos de uno de esos imposibles que nos rodean, y contemplar el reñidísimo triunfo de un candidato negro contra una candidata, en un complejo *tour de force* que mantenía divididos a los que presenciaban, incrédulos, cómo de repente el monopolio del hombre blanco se quebraba tan rápidamente que en la lucha de los candidatos ya había perdido su sitio, todo ello explicaría perfectamente el enorme interés que despertaron en todo el mundo las elecciones norteamericanas de 2008. La inesperada ruptura, la lucha feroz, el garantizado cambio de las nefastas políticas de Bush, son factores que por sí solos fundamentarían esa emoción universal. Pero al mismo tiempo, el que se hayan suscitado tantas esperanzas suponía un inminente principio de desgaste para el ganador. La magia hoy sólo parece posible en esos libros para niños que leen los adultos. Lo real se sigue mostrando bastante refractario a las ilusiones desbordantes y desbordadas. Por eso ahora, cuando Obama experimenta la dura oposición de los republicanos, de las compañías de seguros que rechazan el proyecto de una cobertura médica universal, las presiones de la crisis económica y los avatares de la guerra de Irak, su estatura ha bajado, desde la elevadísima posición donde la habían colocado las esperanzas, los deseos y la misma e inesperada novedad: Obama encarna ahora un figura más tangible, la de un político con los medios limitados de actuación que impone esa pesada realidad de verse sujeto a insidiosas campañas de presión de la América más integrista.

Sin embargo, aunque esos ocho meses hayan desdibujado la imagen casi celestial que proyectaba Obama, aún es posible explorar el cuidadoso trazado que la retórica presidencial (la suya propia, pero también la de sus asesores, pues Obama como los demás políticos —sobre todo en los Estados Unidos— es una imagen que se construye con imágenes y con palabras, como ocurre en el mundo del cine) lanzó para encontrar unas raíces, un proyecto, ante una situación de cambio que no nace (porque no puede) de la nada. Así pues, las referencias a Abraham Lincoln han sido numerosas, *et pour cause*. Si Lincoln ha quedado en el imaginario colectivo como el luchador por la igualdad racial, es evidente que la llegada de Obama a la Casa Blanca ha establecido, en ese mismo imaginario colectivo, una conexión inevitable entre ambos mandatarios: Obama cumple el sueño que, a lo largo de los años, ha podido representar el ideal de muchos. Ese enlace lo establece el aspirante a presidente y, una vez presidente, lo refuerza en varias ocasiones. Los casi nunca inocentes medios de comunicación —aunque un tanto repetitivos y muy a menudo con poca capacidad de análisis, si bien dotados de los medios más modernos para





la reproducción de un comunicado o unas palabras o unas imágenes filmadas— contribuyen a dibujar ese enlace que conlleva la tranquilizadora idea de que los mitos se mantienen en contacto por encima del tiempo: si Lincoln fue asesinado hace más de cien años, Obama cumple tercamente una voluntad que parecía perdida. Así, pocos días antes de asumir efectivamente la presidencia, Obama se encarga de gestualizar ese enlace con su prestigiado y prestigioso predecesor, como indica esta cabecera firmada por Yolanda Monge: “Obama sigue la estela de Abraham Lincoln. El presidente electo repite el trayecto del histórico antecesor” entre Filadelfia y Washington (*El País* 18.1.2009, p. 3). El paralelismo que la prensa recoge es cuidadoso y teatral: “Al igual que Lincoln, Obama hizo su carrera política en Illinois... Obama jurará su cargo el martes sobre la misma Biblia que empleó Lincoln hace 148 años. Durante su toma de posesión, el primer presidente negro de EEUU hará referencia a uno de los discursos más célebres de la historia, el discurso que Lincoln pronunció en 1863 en Gettysburg invocando los principios de igualdad de los hombres consagrados en la Declaración de Independencia”. La retórica presidencial se reviste de una puesta en escena que garantice ese enlace. No basta con que Obama haya realizado su carrera en el mismo estado, haga el mismo viaje y utilice el mismo ejemplar de la Biblia, pues el enlace culmina con la “referencia” al discurso de Lincoln. Pero, al mismo tiempo, las palabras necesitan subirse a un pedestal, o mejor aún a un escenario: el que ahora proporcionan los medios de comunicación.

Desde la emoción del cambio, desde el ansia de novedad, y desde la sorprendente llegada al poder de un negro en los Estados Unidos no extraña que el discurso de Obama no sólo sea publicado o filmado y retransmitido, pero sí puede ser llamativo que *El País*, como otros medios, *prepare* la toma de posesión adelantando noticias sobre el *discurso* del presidente. Desde la vieja óptica de las conjuras que cultivaba la prensa a finales del XIX con los atentados anarquistas en Francia, hasta las suspicacias de los marxistas y comunistas hacia la manipulación informativa de las llamadas democracias formales —y no digamos hacia la de las dictaduras (como la olvidada pero inolvidable del general Franco)—, alguien se sentirá tentado de desvelar esta suerte de conjura informativa concertada. Sin embargo, probablemente se trata de una colaboración desinteresada: la información lo exige, diría un editor responsable. Sin duda, Obama y su equipo aprovechan, y muy legítimamente, esas modernas necesidades de información, de preinformación y de posinformación, para reforzar esos nexos invisibles con la tradición presidencial americana, pues el recién llegado no quiere *vender* una ruptura, sino una continuación por encima del tiempo con dos de los grandes mitos del país, ambos asesinados, y ambos defensores de otra América.

El día previo al discurso de toma de posesión de Obama, de nuevo *El País* aporta una *información* que ayuda a enmarcar el discurso que viene. Es muy revelador que el discurso del nuevo mandatario dure menos de veinte minutos. Estamos muy lejos de la época dorada de la oratoria política, que se fragua, en Europa, en la Revolución Francesa, y se desarrolla a lo largo del siglo XIX y llega hasta la II Guerra Mundial (con la excepción de Fidel Castro y sus discursos de horas). Pero además el discurso de Obama ni es suyo ni es fruto de una capacidad oratoria excepcional, por lo que no deja de resultar paradójico el titular de Francisco Peregil: “El escritor de los sueños de Obama. Jon Favreau redacta los discursos que han fraguado a un orador brillante” (*El País* 19.1.2009, p. 6). El “orador brillante” lee o memoriza los discursos de un joven de 27 años, que ha dedicado *idos* meses! al discurso de unos veinte minutos con el que Obama toma posesión de la presidencia. La voluntad de enlace con el pasado, de marcar



la inserción de Obama en una tradición, la mejor, que ha tenido una violentísima oposición, con algún asesinato, es una apuesta importante para un pueblo con una historia relativamente corta, pero que no por ello es menos tradicionalista. Además, ese enlace permite, también por paradójico que inicialmente pueda parecer, trasladar una esperanza: Obama recoge los intentos de Lincoln y Kennedy y él cumplirá esas voluntades, segadas por los disparos en el primer caso. No es extraño que el mágico asesor del presidente haya estudiado “los discursos inaugurales de otros presidentes”. Aunque Obama cuenta con otros colaboradores, también muy jóvenes, parece que con Fravreau “han creado algunos de los discursos más memorables de las últimas décadas, lo cual es mucho decir en un país donde el discurso político tiene rango de género literario”. Parece, pues, que, después de todo, el discurso político conserva su función tradicional, de sellar un acuerdo, de apaciguar a los perdedores, de insuflar esperanza, de manipular o de *movere*, como decían los clásicos. “Obama sabe manejar las palabras, pero en su boca nunca suenan falsas, impostadas, oportunistas, dirigidas. Dirigidas, sí, pero hacia objetivos nobles”, explica Eduardo Martínez Rico (“La rebelión de los esclavos”, *El norte de Castilla*, 28 de enero de 2008).

Entre los muchos y convincentes discursos que ha pronunciado Obama (hasta doscientos veinticinco, el último del 4 de junio de 2009 en El Cairo, recoge la página <http://www.asksam.com/ebooks/releases.asp?file=Obama-Speeches.ask>), el discurso de investidura tiene ese especial valor, pues aglutina el entusiasmo del vencedor y el pragmatismo del que ahora ofrece una suerte de contrato a su electorado y a los votantes en general. En ese pacto Obama debe resumir apretadamente sus intenciones, y debe dejar un hueco para el enlace con esos dos antecesores buscados.

El famoso discurso de Gettysburg, de Abraham Lincoln, es brevísimo y seguramente eso ha contribuido y mucho a su carácter memorable. ¿Hablar tres o cinco minutos es pronunciar un discurso? Quizá lo interesante es la capacidad para resumir unos principios (que pueden leerse, por ejemplo, en una página oficial como <http://www.america.gov/st/educ-spanish/2008/November/20081120142023pio.7698328.html>, o en la de http://es.wikipedia.org/wiki/Discurso_de_Gettysburg entre otras muchas opciones). Lincoln comienza, a su vez, con otro enlace, el que le lleva hasta los Padres Fundadores de una “nueva nación, concebida en libertad”. El dramatismo de un discurso pronunciado en un cementerio, en medio todavía de una guerra, seguramente proporciona un suelo perceptivo muy poroso, mucho más que el que tiene a su disposición un mero discurso de toma de posesión. Sin embargo, la emoción de ver a un presidente negro, el primero, que recoge el emocionado final de las palabras de Lincoln (“que esta nación, por la gracia de Dios, tenga una nueva aurora de libertad, y que el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparezca de la faz de la tierra”), tiene también y con seguridad la virtualidad de conseguir un eco enorme.

Si el discurso de Obama ha gozado de la atención global no tanto por las palabras en sí, sino por la circunstancia (el primer presidente negro de la historia de Estados Unidos, que quiere entroncar con una tradición progresista y truncada), el discurso de Lincoln, tan breve, se convierte en uno de los discursos más importantes de la historia del país por la nítida formulación de unos principios prístinos para la democracia, pero también, y de nuevo, por una particular puesta en escena: en un cementerio, cuando la guerra de secesión no ha terminado. Por todo ello, tampoco sorprenderá que otro punto de anclaje de Obama, el discurso de Robert F. Kennedy con motivo del asesinato de Martin Luther King Jr., comparta con los dos anteriores no sólo el necesario contenido de exaltación de la igualdad, sino también una circunstancia que re-



fuerza enormemente las palabras del entonces senador. Más que un discurso se considera una declaración (*statement*), por su brevedad (<http://www.rfkmemorial.org/lifevision/assassinationof-martinlutherkingjr/>), aunque es más extenso que el discurso de Lincoln (en Wikipedia se dice que su duración no llegó a los cinco minutos). Uno de los elementos contextuales decisivos es la legitimidad que emana de quien ya conoce lo que es un asesinato de un ser querido, pues Robert remite específicamente al asesinato de su hermano John (“I had a member of my family killed”). Otro elemento importantísimo es el hecho de que Kennedy es el que informa del asesinato a un auditorio predominantemente negro y con ese asesinato construye una dicotomía esencial para el futuro del país, a partir de las dos posibles reacciones al crimen de Luther King: la venganza y consiguiente polarización del país en negros frente a blancos, o una opción más integradora con “love and wisdom and compassion”. Ese tono religioso (que inunda el discurso al pedir en más de una ocasión una oración a todos los americanos) se combina con una cita de Esquilo, “my favorite poet” indica Kennedy. El discurso, en el momento *caliente* del asesinato del líder negro, propone la unión de todos, pues “the vast majority of white people and the vast majority of black people in this country want to live together, want to improve the quality of our life, and want justice for all human beings who abide in our land”. Frente a la preparación del discurso de Obama, Kennedy usó sus propias notas en lo que parece la aceptación de un doble riesgo: hablar ante una multitud que puede reaccionar violentamente y no ceñirse a las ideas de su equipo. En esta situación parece que el senador recurrió al siempre socorrido lenguaje religioso, tan bien recibido en los Estados Unidos de América.

El discurso de toma de posesión de Barack Obama es sensiblemente más amplio que los dos anteriores (se extendió durante dieciocho minutos y medio: http://en.wikisource.org/wiki/Barack_Obama%27s_Inaugural_Address). En él, por encima de la omnipresencia de la crisis, de las consiguientes llamadas a la unidad y del complaciente reconocimiento de que aún sea Estados Unidos la primera potencia, Obama traza, al principio de manera muy breve, el enlace con una historia, no muy tan larga, como otras, pero que ha unido a los 44 presidentes anteriores (parece que fueron en realidad cuarenta y tres). El enlace rápido (“mindful of the sacrifices borne by our ancestors”) se refuerza pronto con una mención más extensa que se vale de la conocida fórmula popular: “We the people have remained faithful to the ideals of our forbearers, and true to our founding documents. So it has been. So it must be with this generation of Americans”. Obama, mucho más hábilmente que Kennedy, no cita a Esquilo (¿alguien se imagina al, según algunos, exquisito y elitista Obama, contribuyendo a esa nefasta imagen para el votante medio norteamericano?), sino que alude a la Biblia para decir algo “in the words of the Scripture”. La referencia le sirve para incidir en el progreso maduro y de ahí se desplaza hacia una idea muy interesante: “to choose our better history”, sobre todo con la idea “the God-given promise that all are equal, all are free, and all deserve a chance to pursue their full measure of happiness”. Obsérvese que este último elemento no está, obviamente ni en Lincoln ni en Kennedy, pues se trata de una idea mucho más moderna o abiertamente posmoderna.

Que el discurso de Obama sea cuatro veces más extenso que los de Lincoln y Kennedy es, sin duda, una deuda contextual. No se trata, en el discurso de investidura, de concentrarse en un solo aspecto de la política, sino que el nuevo presidente debe repasar todos los puntos importantes de su programa, además de transmitir un convincente optimismo. La distancia que separa la dinámica política norteamericana de la europea y de la española en



particular puede medirse también por la duración de los discursos: hoy por hoy resulta inimaginable que en nuestro decimonónico Congreso de los Diputados cualquier presidente de la joven democracia española pueda explicar su programa de gobierno en veinte minutos. Pero esa diferencia de tiempo entre los tres discursos de los tres políticos norteamericanos, dos de ellos de los más famosos de la historia de la oratoria política de ese país (aunque ninguno de los dos es un discurso de investidura) y el tercero quizá a punto de entrar en el *ranking*, no impide una comparación de los principios subyacentes. Es obvio que ni Lincoln ni Kennedy se detienen en las miserias del capitalismo o en las virtudes que, bien vigilado, tiene el mercado. Sin embargo, Obama traza, incansablemente, ese enlace sólido con las tradiciones de su país, remontándose hasta los “Founding Fathers” cuando hace falta (al hablar de la defensa, por ejemplo). De hecho Obama considera que la respuesta a los problemas emana de un rol fundamental: “We are the keepers of this legacy”, pues “we know our patchwork heritage is a strength, not a weakness”. No sólo la herencia está compuesta de distintos fragmentos, sino que, enlazando habilísimamente con la última declaración, el autor del discurso de Obama se desliza insensiblemente hacia un terreno minado, pero que es la tierra de la nueva igualdad: “We are a nation of Christians and Muslims, Jews and Hindus —and non-believers”. Es verdad, como indicaba antes, que Obama alude a la Biblia, pero cuarenta años después del discurso de Kennedy, la conocida religiosidad de los norteamericanos parece haber dejado sitio —al menos en el discurso presidencial— a un idea mucho más amplia y mucho más igualitaria (que puede permitirse, cerca del final, varias referencias a Dios, en una de ellas conjugándola con un “uncertain destiny” al que conviene dar forma). Este grueso eslabón enlaza a su vez con otro formulado con igual contundencia: “For the world has changed, and we must change with it”.

Con exquisito cuidado, el autor del discurso de Obama ha repartido dos menciones al padre del presidente, una de ellas muy cerca del final, tanto para recordar sus orígenes como para subrayar lo sorprendente de un país que en sesenta años ha pasado de las leyes segregacionistas a tener un presidente negro. Esta precisa referencia personal da pie a una conclusión muy poética, muy emocionada y muy unida a la tradición, pues la cita con la que casi se cierra el discurso ni es de la Biblia (véase la curiosísima página “Scripture Passages used” en *Presidential Oath of Office*: <http://www.eadshome.com/OathScripture.htm>) ni de Esquilo, sino que consiste en unas sentidas palabras de Thomas Paine que se remontan a la guerra de independencia norteamericana. Son “timeless words”, sin duda la materia de que todo discurso querría estar compuesto. La conclusión mezcla con admirable eficacia el pasado y la inevitable mirada al futuro, al legado que debe ser transmitido a las nuevas generaciones, poco antes de la formulaica, obligada y tradicional despedida: “God bless you. And God bless the United States of America”. Ese tono épico-religioso puede ser entendido a distintos niveles y abarca, de manera natural, desde la creencia —cristiana o no— hasta la marca oral inequívoca de que hemos llegado al final del discurso. Sin más.